

Sonetos de amor y muerte. El crimen de don Luis

NURIA CAVALLÉ PÉREZ

Si Ana echaba la vista atrás, le parecía que no había pasado el tiempo. Pero eran ya cuatro años de visitas al Archivo Provincial. Cuando se matriculó por primera vez en el curso de Doctorado pensaba que la labor investigadora sería apasionante. Pero la realidad se había encargado de apaciguar su ánimo y de hacerle sentirla como algo rutinario y anodino. Ya no vivía apasionadamente la poesía. Solo veía montones de folios con interpretaciones semióticas que poco tenían que ver con el sentimiento.

¡Oh excelso muro, oh torre coronada... que guardais en vuestras entrañas historias, secretos, amores, crímenes!

Aquella mañana don Luis se levantó saboreando, como cada día desde que conoció a doña Elvira, la hiel de los celos. Pero ni siquiera el dolor que le provocaban era tan intenso como la terrible jaqueca que le mandaría de vuelta a su camastro en apenas unos minutos. El tiempo justo para romper el ayuno con un pedazo de pan y un caldo caliente. El dolor de

cabeza, pensó, era el justo pero despiadado castigo a la vida licenciosa y escasamente ejemplarizante que llevaba en los últimos meses. Si en el cabildo catedralicio tuvieran noticia cierta de ello, o Francisco Pacheco, el nuevo obispo, se enterara, sin duda sería apercibido. Pero los remordimientos pasaron a un segundo plano cuando fue recordando, poco a poco, el correr del vino, los contoneos de aquellas hermosas mujeres de vida alegre y el ambiente recargado y algo obsceno de aquella taberna. Pues, ¡qué! en realidad adoraba aquel divertimento.

Se disponía a meterse de nuevo en la cama cuando escuchó un revuelo en la calle. Se asomó por el ventanuco y vio, con espanto y el palpito de que algo terrible había sucedido, que un grupo de curiosos se congregaba frente a la casa de doña Elvira. *De pura honestidad, templo sagrado... bello cimiento y gentil muro... por divina mano fabricado... claras lumbreras de mirar seguro... cimbrias de oro... ídolo bello, a quien humilde adoro... oye piadoso al que por ti suspira...* Don Luis, repentinamente, olvidó su jaqueca. El peor presentimiento se apoderó de su alma, y corrió, apresuradamente, escaleras abajo, para averiguar qué había sucedido. “Ha muerto doña Elvira, ha muerto”, se repetía.

En la puerta de la casa encontró a la criada de la dama. “¿Qué ha sucedido?”, le preguntó, enfermo de incertidumbre. La muchacha, desecha en lágrimas, sin poder casi hablar, le contestó que el señor había muerto. En su mirada había dolor y mucho miedo. Qué distinta de la mirada de la noche anterior, cuando, en la taberna, se insinuaba a aquel extranjero que no supo resistirse a su sensualidad cordobesa.

Aliviados así sus temores, pero preso de una irresistible curiosidad, don Luis se acercó a la

puerta de la casa, infranqueable tras un caballero armado que impedía el paso. A las preguntas de don Luis respondió aquel con el silencio, concluyente y evasivo, de quien no dejaría salir de sus labios explicación alguna. Acudió entonces a las fuentes populares que, quién sabe de qué manera, habían conseguido ya un relato detallado de lo sucedido. “¡Don Fernando ha sido asesinado! ¡Apuñalado mientras dormía!... El doctor Villamedina está con doña Elvira. Está conmocionada, lánguida. Dicen que se desmayó cuando supo lo de su marido, y que no se puede levantar de la cama...”.

Pues la que por quien helar y arder me sienta, (mientras en ti se mira), Amor retrata de su rostro la nieve... aquella nieve que, ese día, no era otra que la del dolor, la desaparición, la muerte. Don Luis había conocido a doña Elvira unos meses antes, cuando, por avatares del destino, llegó a su pequeño apartamento del Alcázar Viejo. Tan solo con verla supo que aquella mujer se convertiría en su musa: como lo fue Beatriz para Dante o Laura para Petrarca, aquella dama estaba llamada a convertirse en la joven venerada de don Luis.

Pronto averiguó que doña Elvira se había casado, siendo prácticamente una niña, con don Fernando, del que estaba locamente enamorada. Don Luis tampoco tardó en enterarse de los devaneos de él. Doña Elvira no conocía, o no quería conocer, los amoríos de su esposo. O quizás los aceptaba con la resignación y esa generosidad del perdón de raíces tan profundamente cristianas. *Suspiros tristes, lágrimas cansadas, que lanza el corazón, los ojos llueven...* Don Luis admiraba la entereza de aquella dama, su infinita discreción y su eterna virtud, que la acercaban, con su beldad, a la divina perfección en ella prodigiosamente encarnada.

Cuando el doctor, compañero en las aventuras nocturnas de don Luis, y, en definitiva, confidente y amigo, salió de la casa, el poeta se acercó apresuradamente para preguntarle por Elvira. “Está conmocionada. Una tragedia desmesurada para un alma joven y profundamente enamorada, amigo. Pero se pondrá bien. Es fuerte”. Don Luis asintió. “Pero hay... hay algo que no... no... termino de... de... Don Fernando, ¿no se defendió? ¿No, no... se... desper...? Ese olor a almendra... Hay algo que no... no...”. El doctor, absorto en sus pensamientos, murmuraba frases prácticamente inteligibles. Se había olvidado de su interlocutor. Don Luis lo conocía bien. Ninguna información más podría obtener. Cuando una idea rondaba la cabeza del médico, poco cabía esperar de él. Así que el poeta se dio media vuelta y tomó camino al Alcázar. Pasaría por los jardines, antes de ir a la catedral. El médico no se percató de que se había quedado solo hasta que, al llegar a la plaza del Potro, se dio cuenta de que don Luis había desaparecido. “¡Ay, estos poetas!”, pensó, condescendiente.

“Caso cerrado”, rezaba el noticiario. “El despiadado crimen de la calle de las Pavas ha sido resuelto. La criada, amante de don Fernando, apuñaló al adinerado y afamado noble mientras dormía. Nadie ajeno a la casa pudo acceder a ella. El arma homicida fue encontrada en el aposento de la sirvienta. La asesina fue trasladada anoche al presidio y será ajusticiada tras un juicio sumarísimo”.

Una noche, muchos meses después, don Luis se despertó sobresaltado. Todo cuadraba, tristemente. Pero estaba demasiado enamorado. No sería él quien la delatará. *Ni oí las aves más, ni vi la aurora, porque al salir, o todo quedó en calma, o yo (que es lo más cierto), sordo y ciego.*

EPÍLOGO

Aquella mañana Ana encontró, entre un legajo de hojas manuscritas, una que llamó poderosamente su atención. Escrita con la inconfundible grafía del poeta, que tan bien conocía, decía así:

“¡Oh, niebla del estado más sereno... la verdad se me revela dolorosa y despiadada! Quisieron la mala vida, el amor, la amistad y el caprichoso destino que fuera yo quien involuntariamente descubriera los entresijos del formidable crimen que había llevado al cadalso a la inocente criada de doña Elvira.

En las tabernas que cada noche frecuentaba supe de los continuos escarceos de don Fernando; y, la noche del asesinato, pude ver a aquella criada, joven y lasciva, tendiendo sus brazos lujuriosos al forastero con quien sin duda pasó las horas hasta bien entrada el alba. Su inconfesable pecado la absolvía de otras faltas mucho más graves pero, ¿quién creería la palabra de aquella mujer en cuya alcoba se había encontrado el arma homicida?

El amor me había llevado, durante muchos meses, a perseguir obsesivamente a doña Elvira. Por eso sabía de sus frecuentes a la casa de doña Alda, vieja alcahueta y amiga de la dama a la que,

no en vano, las malas lenguas llamaban La envenenadora.

¿Y la amistad? El doctor siempre encontró en mí al amigo en quien confiar. ¿Cómo no sugerirme, con medias frases, prácticamente balbuceando, que don Fernando había sido envenenado con cianuro? Nada podía probarlo salvo aquel olor a almendra que tanto llamó su atención y el hecho de que don Fernando no se despertara tras recibir la primera puñalada. Solo podía explicarse si el noble ya estaba muerto cuando alguien, intentando ocultar el primer crimen, pretendió asesinarlo por segunda vez en una pantomima mortal que, sin embargo, todos dieron por cierta y definitiva.

Meses después de su doble crimen, pasional y perfecto, doña Elvira se quitó la vida, creyendo que se llevaba con ella su inconfesable. Y así, solo del amor queda el veneno, y todo se convirtió en tierra, en humo, en polvo, en sombra, en nada”.

Ana terminó de leer la carta con la respiración entrecortada. Así que don Luis nunca hizo público su descubrimiento... ese fue *El crimen de don Luis*. Pensó en su tesis. Pero no, aquello no era un tema académico. Aquello era sentimiento, pasión, muerte. Lirismo puro, alejado del estructuralismo, la semiótica y los requerimientos científicos de la investigación científica. Pero tuvo una idea. Disfrazaría su descubrimiento de ficción y presentaría el relato al X Certamen Internacional de Relato Breve sobre Vida Universitaria. Así se conocería su hallazgo. Si tenía suerte, quizás alguien leería su relato y, ¿por qué no? le ofrecería una financiación digna para su proyecto. Y, si ganaba, además, conseguiría aliviar durante un par de meses su maltrecha economía y darse alguno de los caprichos que la exigua beca del Ministerio nunca le había permitido.